

—Pero el amor de un plebeyo se cree siempre honrado con la cooparticipación de un magnate.

—¡Oh! No.

—¿Lo niegas?

—No hay amor sin celos.

—Se pueden tener celos de los iguales, no de los superiores.

—Eso, príncipe y señor mío, sería en otro tiempo, mas no en el que hoy corre, de revolución y alteraciones, como acabáis de indicar.

—Eres un deslenguado, y esas irreverencias te costaron ya muchas palizas, y te llevarán, tarde ó temprano á la horca, cual un perro.

—Señor...

—Nuestros derechos están claros en los pergaminos y en las costumbres.

—Pero se ha levantado un viento tan fuerte que todo lo encrespa, y mi lealtad de vasallo debe tal advertencia indispensable al poder de mi señor.

—Huye de mi presencia, cuitado, á la orquesta, si no quieres que la inmerecida honra de hablar con tu soberano se trueque pronto en la merecida deshonra de habértelas con el verdugo, quien te dejará pendiente de la

soga fatal á la puerta del castillo, para que sean los cuervos del bosque y sus estómagos el sepulcro de tu cadáver y sus despojos.

—Yo me guardaré de nuevas observaciones,—dijo Melchor, ganando más que de prisa el humilde sitio propio de su oficio, en el temor natural á que hiciese cuanto decía el conde.

Dijo, en estas, el elector á la condesa.

—¡Que conversación ha tenido tan larga el conde con el músico Melchor!

—El caso es,—añadió la condesa,—que tal familiaridad se trueca en desvío y odio á lo mejor, sin que nadie pueda remediarlo.

—Distraigámosle.

—¿Con qué?

—Con alguna relación épica.

—Es verdad, á veces atraen su atención y fijan su pensamienio.

—¿Está el trovador ahí?

—Sí, ahí está.

—Pues llamadle.

—Trovador,—dijo la condesa en voz alta.

—Señora y soberana mía.

—Cantad alguna de vuestras mejores canciones.

—¿Cuál?

—Pues la traducción en versos de nues-

tros días, de los poemas escritos hace tres siglos.

—Traducción,—añadió el elector,—que cantada por ti al son de la cítara, recrea el ánimo y lo eleva.

—Sí, sí, cantad,—exclamaron á una todos los circunstantes.

El poeta inclinó la cabeza en signo de agradecimiento, y se apercibió á entonar la reclamada canción, que así decía traducida en nuestra prosa:

—La imaginación alemana floreció en el siglo décimotercio, como en primavera los campos. El aire parecía un arpa y cuerdas de tal arpa los ligeros airecillos. La poesía caballeresca seguía de cerca el paso de nuestros caballeros, como un místico invisible ángel. La familia del caballero Padedur había muerto entera en los campos de batalla, hijos y padre, sin quedar más que el último de todos ellos, engendrado poco antes de la catástrofe, y nacido ya póstumo, y por ende huérfano. Su madre trató de preservar este tallo del sepulcro, y guardarlo para la vida y para el amor. Llevóselo, pues, á retirado bosque y á mágico palacio donde jamás vió ningún arma de temple, ni oyó ningún estruendo de guerra. La caza estaba prohi-

bida, como un crimen, y el espectáculo de la muerte se ocultaba de tal modo á los ojos de aquel cuitado, que no sabía nada siquiera de la destrucción de los individuos y de las especies, tristísimo espectáculo, cuyos trágicos incidentes á cada paso nos sobrecojen y nos asombran. Doncellas cuidaban de Padedur, y á lo sumo le permitían la vista de algún que otro pajecillo, industriado en términos de no poder hablar ni del odio ni de la muerte ante su secuestrado señor. Mas éste crecía, y á medida que crecía notaba en su pecho un gran dolor y en su dolor una grande nostalgia. Por mucho que hubieran querido hacer para ocultarle que hay fuerzas destructoras en el universo, no lograron alcanzarlo. Alguna vez el rayo destructor había herido y desgajado en su presencia la secular encina. Y más de una vez el milano había descendido á su vista sobre la humilde avecilla y clavádole con sañudo y feroz odio las garras en el vientre, diseminando trozos de palpitante carne y lloviendo gotas de calorosa y encarnada sangre. Tal espectáculo despertaba en su alma sentimientos incontrastables, pero ciertos, vocaciones para él indefinibles, mas seguras y exactas. Imaginaos el enjaulado tigre, á cuyo instinto

carnicero presentáis carne fresca chorreando sangre caliente, por los hierros de su jaula; pues de igual manera saltaba furioso el joven Padedur, cuando en la naturaleza y en los seres naturales descubría por acaso algún sintoma de la universal destrucción, reinante por medio de la muerte, soberana en el cielo y en la tierra. Su instinto de guerrero se despertaba en él con vivo despertamiento. Un misterioso impulso le impelía con fuerza grande al combate. Rabiaba por habérselas con algún sér enemigo; y cuando ni asomo de amor alguno había rayado en sus sentimientos, embargábale con poderoso embargo el odio indeliberado é instintivo. Una mañana hurtó el cuerpo á la vigilancia maternal y se perdió en el bosque ambiente á su hogar. El ciervo no anda con más ligereza ni respira con más placer que aquel joven abandonado á sí mismo. Pero, de pronto le sobrecoje un extraño espectáculo, el cual sumerge su alma inquieta en meditaciones serenas. Varios guarda-bosques derriban á fuertes hachazos un árbol secular, de raíces tan profundas, que parecían extendidas hasta el centro mismo de la tierra. Siglos y siglos habían pasado sobre su copa. Millones y millones de aves y avecillas ha-

bían anidado bajo su follaje. De cada una de sus hojas exhalábase alientos de vida. En este mes ofrecía flores olientes, en otro mes frutos sabrosos, y despojado por el invierno de sus galas y de sus vestiduras, leña para el hogar y calor contra los hielos, bajo las altas chimeneas del castillo. Y sin embargo, en su profundo arraigo, siendo festín viviente, un brazo bien fuerte y un hacha bien afilada, eran bastante á derribarlo por tierra, y recluirlo en los tristes dominios de la muerte. Padedur cogió á hurtadillas uno de aquellos instrumentos, lo aplicó á otro árbol cercano con robusto empuje, y al verlo caer, produciendo tan fragoroso estrépito, sintió que se le dilatava el pecho y se le enardecía y centuplicaba la vida en el acabado logro de tan tenaz empeño. Las garras del milano le habían puesto en tal pista, que le hacía husmear el combate cruel entre las especies; y las hachas del leñador le habían puesto en tal otra pista, que le hacía husmear el combate de los humanos con la naturaleza. Pues si los animales combaten con los animales y los humanos combaten hasta con los seres indefensos, ¿no combatirán también los hombres con los hombres?

Padedur entró en el castillo y se dirigió á su madre, con verdadera inquietud:

—Madre mía.

—¿Qué quieres? hijo mio.

—He visto caer los altos árboles al hacha del leñador.

—¿Y qué?

—Los hombres necesitan derribar los árboles para vivir ellos.

—¿Y qué?

—Si al necesitar un árbol lo derriban, cuando de otro hombre necesiten, madre mía, ¿no lo derribarán también?

—Quitate de la cabeza todas esas cosas.

—No puedo.

—Ya ves como aquí hombres y mujeres, niños y grandes, todos te sirven á porfia, y de rodillas y con amor.

—Verdad. Mas alguna vez he visto miradas fulminantes, puños crispados, y alguna vez he oído resuellos de odios y desamores.

—¿De veras?

—Y he sentido que no puedo estar ocioso.

—¿Hijo mío!

—Todos emplean sus fuerzas en algo, menos yo.

—Porque tú eres el soberano de la comarca; y los soberanos no trabajan.

—Mas deben hacer algo, y yo nada hago.

—Vivir al lado de tu madre, que te idolatra.

—¿Madre!

—¿Hijo!

—Dejadme al menos dilatar mis dominios.

—Pero si andando y andando por los cuatro puntos cardinales del horizonte y por las cuatro direcciones del campo jamás puedes encontrarte con su limite último.

—Pues dejadme conquistar aunque sea una estrella del cielo, si no tengo nada que hacer ya en el mundo. Yo necesito poseer algo adquirido por mis propias fuerzas. Montado en la espalda de un águila y conducido por sus potentes alas, desde las alturas del monte á la inmensidad del cielo, puedo encontrar algún reino inmenso abierto á mi dominación por mi voluntad y por mi esfuerzo.

La madre no pudo contener un impulso ciego é indeliberado de regocijo, al ver como Padedur se asemejaba en valor así á su padre como á sus hermanos, y se alejó para esconder su mal disimulado afecto, mientras el hijo, absorto en las revelaciones de guerra que por todas partes le ofrecía la paz, y

de muerte que por todas partes le ofrecía la vida, maquinaba en su interior colosales proyectos. Tal enajenación de sí mismo le llevó nuevamente fuera del castillo, caminando al acaso, como cualquier cuerpo al hado sujeto, sin dirección y sin rumbo. El aire le parecía cargado de resuellos extrañísimos; la tierra le olía de suyo á sangre; y los árboles, por los leñadores derribados, asemejábansele á gigantes hendidos. Cosas vulgares, en cualquier otra ocasión inadvertidas, sugeríanle profundas y extrañas reflexiones entonces. Bajos sus pasos había el mozo aplastado un hormiguero. A una pobre mariposa que le acariciaba las sienes, habíala cogido entre sus dedos y héchola polvo. El cadáver de un caballo recién muerto yacía en la pradera, y oíanse los aullidos del lobo embreñado, y los aleteos del cuervo hambriento. Pero, ¿cuál no sería su asombro, cuando ve pasar tres extraños seres como nunca viera sus semejantes? ¿Quiénes eran? ¿Cómo se llamaban? ¿A qué clase ó especie pertenecían? Iban caballeros en alazanes todos cubiertos de hierro, llevaban cotas de malla, petos de bruñido acero, espaldares y golas del mismo metal, rodela á un brazo, lanzones al otro,

en los piés anchas espuelas, en las cabezas cascos rematados por multicolores plumajes. ¿Eran mortales ó inmortales? ¿Seres de este mundo natural, ó seres de otro mundo sobrenatural? ¿Realidades vivientes ó sombras de una imaginación alucinada? Al pronto Padedur les miró como el extático las visiones, é hizo la señal de la cruz, persignándose de prisa. Ellos le miraron como pudieron mirar á un campesino encontrado al paso. Pero, un tanto repuesto de su asombro, el cuitado que los tomaba por hombres de hierro, preguntóles quiénes eran y dónde iban; y ellos le contestaron á una en estas breves palabras.

—Somos caballeros del rey Arthur, y vamos á la guerra.

Y siguieron su camino.

—¿Qué quiere decir guerra?

—Encuentro, donde los hombres se golpean, se hieren y se matan, por lograr un objeto,—contestó uno de los caballeros, dando la rudimentaria definición apropiada de suyo á las entendederas de un pastor.

—Llevadme con vosotros,—gritó Padedur.

—No puede ser, porque no estás armado caballero.

Y los tres jinetes se perdieron por lo lejos del horizonte, y entre torbellinos y espirales de polvo.

—¡Madre!—gritó Padedur al entrar de carrera en el castillo.

—¡Hijo!—le respondió la madre.

—¿Has oído hablar del rey Arthur?

Un sudor frío sobrecogió á la soberbia castellana.

—Sí,—dijo tan bajo que apenas pudo comunicar la breve sílaba de contestación al aire ambiente.

—Pues yo quiero ser su vasallo y he de ir á buscarle de mi grado, aunque sea por todo el mundo conocido y aun por los desconocidos.

—¡Hijo mío! ¿Quién te ha revelado la existencia de tan gran rey?

—La casualidad ó Dios.

—Sea éste por siempre loado y su santa voluntad cumplida.

—Así en el cielo como en la tierra.

—Amén.

—Ya sé lo que es guerra, madre.

—¿Quién te ha enseñado tal calamidad? hijo mío.

—Dios ó la casualidad.

—Mira, la noche ha venido sobre nos-

otros, la campana del castillo toca solemnemente las Ánimas: reza, y vete á recoger; hablaremos mañana.

La madre no pudo en toda la noche dormir, á la triste consideración de que su hijo conocía la guerra; y el hijo no pudo á su vez dormir, á la triste consideración de que no estaba en la guerra ya.

Levantóse Padedur muy temprano y bajó á la cuadra del castillo. Al entrar encontró un pastorcillo, lamentándose de que aquella noche había penetrado la zorra en los corrales, y el lobo en los apriscos, haciendo por todas partes sangrientos destrozos en pollos y en corderos. Al dar unos pasos más, después de oído semejantes lamentaciones, topó con el carnicero de la vivienda, quien destrozaba en cien pedazos una vaca recién muerta. El olor de la sangre caliente y el relato de la batalla nocturna despertaron sus guerreros instintos. Así, cogió el primer alazán de su cuadra, y no pudiendo ceñirle una fuerte armadura, le ceñó una simple manta. Después hizo un saco de harina silla de montar, y una rama de árbol recién desgajada lanzón de combatir. Con flores y plantas, urdió cascos y cimera para su cabeza, como con sogas y cordeles,

trenzó bridas para su cabalgadura. Y de tal suerte, y en tal guisa, dirigese á las puertas del castillo, donde llama y requiere á su madre, para que se presente y le oiga la despedida, y le dé la bendición.

—Madre, ya soy caballero.

—Hijo, no me abandones.

—Madre, no puedo; no, desobeder á mi conciencia.

—Hijo, por Dios, obedece á tu madre.

—La fuerza impelente resulta de suyo tan viva, que creo percibir en ella la mano misma de Dios.

—¿No te persuaden mis ruegos?

—No, madre.

—¿Ni te imponen mis mandatos?

—No.

—¿Ni te ablandan mis lágrimas?

—No.

—He querido vencer á la Providencia, —dijo la madre, dando diente con diente de frío terrible,—y la Providencia me ha vencido á mí.

—Dadme, pues, madre mía, la bendición.

—Tómala, hijo,—y levantando la mano derecha,—trazó una gran cruz en el aire.

La solemnidad de aquella bendición fué

tan grande, que los circunstantes se arrodillaron; y pareció llegar aun á los seres sin razón y á los seres sin alma.

—Dadme vuestros consejos, ahora, madre mía.

La madre se dió á llorar con tal estruendo, que no podía decir una palabra.

—No tentéis á Dios con vuestro dolor,—le dijo el mozo.

—Tienes razón,—le contestó la madre.

—Pues dadme vuestros consejos.

—He intentado en mi dolor de viuda ocultarte desde tu nacimiento hasta tu destino, y no lo he logrado.

—Madre, yo había nacido para la guerra.

—Vete, pues, á la corte del rey Arthur.

—Gracias, madre.

—Allí están los mejores caballeros del mundo.

—Con ellos me entierren.

—Cuando encuentres en tu camino una iglesia, entra y reza.

—Padre nuestro...—murmuró entre dientes Padedur.

—No laves ni comida, ni bebida, y tómalas donde las topes, sin necesidad alguna de que las ofrezcan á tu paladar.

—Justo. Quien mantiene á las alimañas

en los campos, mantendrá también á los caballeros en las aventuras.

—Si oyes una voz que se queja, dirígete, hijo mío, en su auxilio y socorro, especialmente de ser una voz femenil.

—Tal haré, señora, en amor y recuerdo vuestro.

—Donde quiera que veas una hermosa dama, requiérala de amores aunque se muestre á tus caricias desabrida é ingrata.

—¿Puedo ya partir con estos consejos?

—Parte.

—Adiós, madre,—dijo Padedur,—dando brida suelta y libre á su rápido caballo.

—Adiós, hijo—exclamó la madre,—cayendo desvanecida en brazos de sus damas.

—Andando, andando, guiado por el doble instinto de su cabalgadura y de su alma, Padedur llega pronto á la corte del rey buscado. Todo el camino había ido tallando chuzos y flechas.

—¿Qué quieres?—le pregunta un paje, después de habérsele reido en las barbas al verlo tan mal equipado.

—Pues quiero ver al rey, por encargo de mi madre.

—¿Con esa facha?

—En este momento sale un caballero del

palacio, y desafía con arrogancia y arrojo á todos los vasallos del rey Arthur.

—Yo lo soy,—contestó Padedur.

—Pues al combate,—le dijo el provocativo.

—Al combate,—le respondió el héroe.

—En guardia.

—Toma.

Y Padedur lanza un fuerte golpe á su enemigo.

—Ahora verás.

Y el enemigo derriba por tierra de otro golpe mortal á Padedur.

—Los criados de mi madre no me trataban así,—exclama el mozo al morder la tierra, y comparar los mimos de su vida pasada con los golpes de su vida presente.

—Muere,—le dice airado su contendiente, lanzándose sobre su cuerpo.

—No, morirás tú,—le responde Padedur, metiéndole una de las flechas que había tallado en el camino por el ojo derecho, y dejándolo á la intensidad del golpe y del dolor muerto en aquella coyuntura. El paje ya no se reía del caballero tan mal equipado.

—Toma—le dijo,—la noble armadura del muerto, y ven ya caballero por tu valor y por tu triunfo á la corte del rey Arthur.

—No quiero,—contestó el vencedor,—pues me place correr más aventuras, antes de requerir mayores premios.

Y sigue su camino. Aún ¡ah! no había dado muchos pasos, cuando encuentra otro caballero, quien le detiene con imperio y le pregunta con socarronería:

—¿De dónde vienes?

—De la corte del rey Arthur,—contesta el mozo.

—¡Uf!

—¿Qué mal olor te ha dado?

—Ese nombre...

—Pues, ¿cómo?

—Buen vasallaje, vive Dios, el vasallaje á tal rey.

—El más honrado de la tierra, puesto que tiene á su servicio los mayores caballeros del mundo.

—No he luchado con uno, que no le haya despedido al otro barrio.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues te reto á que hagas eso conmigo.

—Lo vas á ver.

—Mira.

Y Padedur cogió cuerpo á cuerpo al arrogante caballero, y lo despidió á tierra por

las ancas traseras de su airoso caballo. Y cuando apenas había concluido tal manobra, se lanza furioso y rápido sobre su cuerpo tendido, le pone la rodilla sobre la parte del pecho que cubre los latidos del corazón, y se apercibe á rematarlo.

—Perdón,—grita el vencido.

—Estás perdonado con una condición,—le contestó el gentil mozo.

—¿Cuál?

—Que vayas inmediatamente á prestar al rey Arthur pleito homenaje.

—Iré.

Contento y pagado de tal aventura, dióse á discurrir por aquellos senderos, sin más guía que los instintos de su caballo. Y entra por una selva muy espesa, cuyos árboles, entrelazados y cubiertos de plantas parásitas y enredaderas y lianas, truecan el día en verdadera noche, pues las aves nocturnas se hallan al aire libre por aquella profunda oscuridad cavernosa. El muchacho, que debía, en tal intrincado laberinto, asustarse, y al vuelo de las aves nocturnas parecidas á brujas y al brillo de los fosforescentes ojos parecidos á fuegos fatuos retroceder, sigue á la ventura el camino tomado por su caballo sin miedo, ni aun recelo. Después de